

## PARTE SEGUNDA.

DE LOS MEDIOS DE PERFECCIONAR EL ESTUDIO DEL  
CASTELLANO.

Cuando hemos dircurrido sobre la importancia del estudio de la lengua castellana, léjos de ceñirnos al aprendizaje que hacemos en el uso comun del idioma, nos hemos visto en la precision de recurrir á la falta de los principios, para explicar la causa primitiva de todos los defectos y abusos que se notan, en materia de idioma, así en la conversacion como en los escritos de aquellos que han desdeñado el estudio de las reglas, satisféchos exclusivamente con las facilidades que proporciona un uso mas ó ménos viciado. Este convencimiento nos conduce por tanto á reconocer la necesidad suma de fundar el estudio de la lengua patria en un sistema de reglas, bien establecidas, ó lo que es lo mismo, en principios seguros y evidentes. ¿Mas cuál debe ser el método para desenvolver estos principios y hasta qué punto pueden extenderse sus muchas aplicaciones? He aquí lo que nos proponemos investigar en esta segunda parte. Para esto conviene advertir, que todo sistema de principios compone un arte ó una ciencia, y por lo mismo supone, como punto de partida, un texto en que se explique la teoría; que no siendo un estudio aislado debe ser visto en sus relaciones con las lenguas, las ciencias y la literatura; y por último, que no estando circunscrito el sistema de sus conocimientos al estrecho círculo de un solo periodo literario, debe caminar junto con los otros estudios por toda la línea que recorren los que se consagran al cultivo de las letras. Considerando pues todas estas circunstancias, como otras tantas relaciones que abraza el estudio de que tratamos, hablarémos en primer lugar de la eleccion del texto y su explicacion; en segundo, de la necesidad y condiciones de la aplicacion de las reglas en la recitacion, análisis y aprendizaje de las composiciones literarias; en tercero, del método que debe seguirse al asociar el estudio de la lengua patria con el de la latina y otras, con el fin de reunir sus semejanzas y separar sus diferencias; en cuarto, de la aplicacion de

este estudio comparado al de la lógica, metafísica, &c., ó sea, al de Gramática general en sus relaciones con los idiomas y las ciencias; en quinto lugar, de la aplicacion de estos estudios al de la bella literatura.

## I.

*Del texto y su explicacion.*

Siendo el texto de una Gramática la consignacion metódica y suficiente de todos los principios en que se funda el arte de hablar, influye de tal modo en el éxito de los estudios, que por su falta suelen resultar viciados ó imperfectos los conocimientos, y acaso tambien prolongarse mas de lo conveniente el tiempo que debe emplearse en adquirirlos. De aquí la necesidad suma de buscar una Gramática donde se vean reunidas aquellas cualidades excelentes en que está vinculado el buen éxito de tan importantes estudios. ¿Mas cuáles son estos caracteres que han de buscarse? Para saberlo basta examinar las causas mas comunes que influyen de ordinario en la imperfeccion de los conocimientos relativos á los idiomas. En primer lugar, es mui sabido que la falta de método invierte el orden de las ideas, multiplica los obstáculos para la marcha de la razon y prolonga inútilmente el tiempo y el trabajo. En segundo lugar, cuando en la exposicion de los principios se omiten varios puntos fundamentales y se suprimen por una mal entendida concision algunos pormenores que hacen mas perceptible la generacion de las ideas, los conocimientos resultan mui incompletos, y no pocas veces confusos y superficiales. Pero si es peligrosa cualquiera omision importante en esta materia, no lo es ménos ese refinamiento de escrupulosidad, que caminando siempre con suma desconfianza, nada deja que hacer á la razon del alumno, ni que suplir á la explicacion del maestro; pues recargando la memoria con un pesado y prolijo tecnicismo, embaraza notablemente la reflexion y disminuye la frecuencia de los procedimientos prácticos, donde viene á hacerse habitual el buen uso de los principios. En tercer lugar, es mui digno de notarse que si la claridad es un requisito que se exige en el estilo en todo género de composiciones literarias, no podria omitirse en una obra que como la Gramática, se dirige á la enseñanza comun, sin reducir el estudio á un mecanismo inútil, sin esterilizar el talento de los maestros y llenar de palabras vacías la memoria de los discípulos. Por último, aunque no es difícil exponer metódicamente los

principios del idioma, y hacer concurrir en el texto los caracteres indicados, sin consideracion á los estudios que hayan de seguirse al de la Gramática castellana; es evidente, que este aislamiento traería notables perjuicios al sistema general de los estudios gramaticales, pues no solo prolongaría considerablemente sin necesidad el tiempo de los estudios, sino que haría indispensable el refundir en lo sucesivo gran parte de la exposicion; empeño imposible para casi todos los alumnos, y muy difícil para los maestros. No sucede lo mismo cuando se escribe con relacion á los conocimientos sucesivos, pues en este caso el simple estudio del idioma castellano facilita y adelanta en gran manera el que debe hacerse luego de las otras lenguas, y principalmente de la latina. De todo esto resulta que el texto de que tratamos debe ser metódico, suficiente, económico, claro y relativo á los idiomas que deben estudiarse despues. Tales son á nuestro juicio las cualidades que ha de reunir una buena Gramática castellana, y por consiguiente los puntos que deben fijar nuestra atencion relativamente al texto. Veamos ahora en particular cada uno de estos caracteres.

Por largo tiempo se cuidó muy poco en las gramáticas de buscar aquel orden sucesivo de ideas que conduce sin fatiga nuestra atencion, por toda la serie de reglas y principios que abraza el arte de hablar algun idioma: se proscribió en lo absoluto el raciocinio, creyendo sin duda que todo lo hacian en esta materia la simple autoridad del escritor y la memoria del discípulo. Al cabo de mucho tiempo empezó á comprenderse la trascendencia perniciosa de este sistema; pero cuando fué ya necesario sustituirle con otro, se adoptó un medio enteramente contrario: vino la ideología, y llevando sus pasos mas allá de lo permitido, usurpó al uso gran parte de sus derechos, y evaporó, por explicarnos así, en abstracciones metafísicas el estudio práctico de los idiomas. Era muy sensible este mal para que se hubiera escapado á la penetracion y al zelo de los buenos literatos; pero como de ordinario sucede, la aversion que con nada transige, en lugar de traer el remedio, produjo un nuevo mal: alabó el método, vituperó la ideología, sustituyó al orden de las ideas el sistema de una nueva nomenclatura; y queriendo consagrar un respeto debido á la autoridad de los buenos hablistas, hizo aparecer en vez de tratados elementales, repertorios de fraseología, utilísimos para consultarse cuando el caso lo pide, pero no muy á propósito para formar un concepto cabal de los principios que deben conducir la reflexion y la memoria en el importante estudio de la lengua patria. Es-

tas observaciones, cuya exactitud ha sido confirmada con la experiencia de algunos siglos, nos hacen creer que el buen método no consiste ni en una combinacion arbitraria de las partes que componen un todo, ni en un simple catálogo de reglas, ni en una teoría metafísica, sino en aquella exposicion natural en que, siguiéndose por una parte el sistema con que se propagan las ideas y observándose por otra los resultados positivos de un uso bien calificado, pueda llamarse con toda exactitud un desenvolvimiento razonado de los principios y reglas que suministran el conocimiento teórico-práctico de la lengua española.

No es necesario perderse en abstracciones metafísicas para seguir un sistema sucesivo y natural de ideas al exponer los principios de la gramática castellana: porque sin darla el carácter de una gramática filosófica, ó una teoría científica del lenguaje, que rigurosamente hablando es lo que constituye la gramática general, puede sin duda emplearse con bastante provecho el sistema deductivo, que por sí mismas presentan las ideas en su orden natural. Nuestra lengua, como todas, tiene sus irregularidades y anomalías; pero esta circunstancia, rigurosamente excepcional, no altera los principios en términos de que sea imposible ofrecerlos igualmente á la reflexion que á la memoria. Esta se facilitaría mucho mediante el enlace de las ideas, y conservaría mas largo tiempo las especies: porque la experiencia nos enseña, que cuando el método hace corresponder las nociones del arte á las obvias y fáciles deducciones del discurso, los principios llegan á ser para nosotros un conocimiento habitual que muy difícilmente se borra. ¡Y cuántas luces no suministraría este sistema de exposicion aun para comprender mejor aquellas irregularidades y anomalías introducidas exclusivamente por el uso y que parecen resistirse á una exposicion filosófica? El hábito de aprender con orden y retener con inteligencia los principios mas fáciles engendra una especie de necesidad de examinar las reglas y las excepciones ántes de encomendarlas á la memoria, y hace progresar, propiamente hablando, nuestra razon por un camino mas fácil, y de lo que se tiene bien examinado á lo que nos es mas profundamente desconocido. Las decisiones del uso en materia de idioma son libres, convencionales, arbitrarias si se quiere; pero no caprichosas. Ninguna novedad llega á establecerse como una lei del uso sin haber pasado ántes por el juicio de los inteligentes, y sin contar en su apoyo con el respetable voto de los escritores mas distinguidos. ¡Cómo suponer que hombres llenos de saber, de crítica, de interes

en la perfeccion del estilo, de zelo por la pureza de la lengua, sufragen, sin el concurso de buenos argumentos, en favor de palabras y frases caprichosas, tan solo porque se improvisan con todos los prestigios de la novedad! Respetamos como es justo expresiones anticuadas, giros nuevos, inversiones atrevidas que á primera vista parece no cuentan con otro argumento que la autoridad de los poetas. ¡Pero realmente sucede así! Los críticos que se han propuesto definir los derechos que tienen al comun agrado todas estas bellezas de la elocucion poética, bien claramente han hecho ver que aun estas que parecen anomalías cuentan en su apoyo con razones mui fuertes; y por tanto, léjos de ver aquí improvisaciones quiméricas y caprichosas, estamos en el caso de admirar mil bellas armonías entre la imaginacion y la palabra, entre los sentimientos y su expresion. Mui grato seria para nosotros confirmar estas observaciones con el exámen analítico de algunos ejemplos que pudiéramos elegir entre los buenos hablistas; pero, cediendo á la estrechez del tiempo y dejando esta deliciosa tarea para los profesores, concluimos este punto, infiriendo de lo dicho, que un método racional en la exposicion de los principios gramaticales depositaria mui anticipadamente en el espíritu de la juventud ese gérmen fecundo de criterio y de gusto, que apenas empieza á desarrollarse, segun otro sistema de estudios, en los últimos periodos de la carrera literaria.

Pero no basta seguir la filiacion natural de las ideas; poco se adelantaria con esto, si el preceptista hubiese de limitarse á un sistema incompleto de principios. Pésimo es el cálculo de algunos escritores, que dejando al uso que hacer mas de lo que le toca por su naturaleza, reducen sus gramáticas á fórmulas, contentándose únicamente con un corto número de reglas, y dejando á los alumnos en la fatal impotencia de trasladarse desde las reglas hasta los principios, desde el mecanismo de los idiomas hasta las relaciones que ellos tienen con las ideas y los sentimientos. De aquí el empeño en compendiarlo todo, y en compendiarlo para el uso de aquellas personas que ménos provecho pueden sacar de esta clase de trabajos. Es preciso convencerse de que los compendios son mui poco á propósito para instruir al ignorante. El sabio podrá apreciarlos como un resumen de sus estudios, como un índice metódico que auxilie su memoria; pero el que no está iniciado en los principios, solo conseguirá con esto nociones aisladas é incompletas, superficialidad y acaso pedantería. ¡Ni cómo podria emplearse un método filosófico, reduciendo el número de los principios!

Hai en estos una constante afinidad, un enlace tan íntimo, una sucesion tan natural y tan obvia, que es imposible omitir algunos sin desordenar su serie genuina, é introducir la confusion donde habian de reinar el orden, la generacion de las ideas, la distincion y claridad de los preceptos. Es pues necesario que la gramática sea completa, suficiente, esto es, que no carezca de un solo principio fundamental.

Mas no por huir de este vicio, ha de caminarsé al extremo contrario. El medio mas á propósito de confundirlo todo es la pretension ridícula de decirlo todo, de explicarlo todo, de erigir los pormenores en reglas, las fórmulas en principios, y las advertencias accidentales que ocurren, en preceptos. Un sistema de esta naturaleza fatiga por una parte inútilmente la memoria, y protege por otra la inercia de la reflexion: el análisis cae en desuso con semejantes maestros, y los discípulos quedan reducidos á la triste necesidad de no ayudarse con sus facultades intelectuales en el estudio penoso de las lenguas.

Hai nociones y muchas que conviene dar por supuestas: hai otras que se fijan radicalmente con solo guiar la atencion de los alumnos en el ejercicio de sus mismas lecturas. Todas estas cosas pueden omitirse en el texto, que si por una parte ha de ser suficiente, por otra debe ser económico. Ni la suficiencia nos impone la lei de ser redundantes y prolijos, ni la economía nos estrecha de ningun modo á omitir lo necesario y lo conveniente. Si una gramática no debe ser un compendio, tampoco debe escribirse como un tratado magistral; porque entre estos dos extremos hai un medio sin duda, el de presentar con ella á la juventud unos verdaderos elementos que la instruyan en los principios, y la coloquen en la carrera fácil de las aplicaciones.

La suficiencia y la economía, de que acabamos de hablar, adelantan mucho los medios que se necesitan para que el texto presente ademas la inapreciable ventaja de la claridad, cuarto requisito que á nuestro juicio debe tener una gramática: porque exponiendo todos los principios sin mezclar pormenores embarazosos, y siguiendo en cuanto sea posible el orden natural de las ideas, la atencion camina sin tropiezo, la reflexion se ejercita sin fatiga, la inteligencia comprende fácilmente, y la memoria adquiere y conserva las ideas sin esfuerzo y con fidelidad. ¡Pero es esto lo que basta! Convenimos en que el orden, la suficiencia y la economía contribuyen bastante, pero no son el todo: aun queda mucho por hacer, para llenar esta condicion indispensable de la claridad. Puede mui bien haber buena eleccion de

principios, sobriedad en el uso de la materia y naturalidad en su desarrollo, y todo esto juntamente con un estilo poco accesible á la inteligencia, ya por la forma particular del escrito, ya por el empleo de las palabras y de las frases, ya por la particion de las cláusulas ó periodos, ya finalmente por el modo con que se expongan las nociones intermedias y los pormenores de las ciencias. ¿Cómo evitar pues estos inconvenientes que tanto dificultan la claridad tan indispensable por otra parte en una obra que se dirige á la enseñanza? En este punto hai dos extremos igualmente reprehensibles que conviene evitar á toda costa, esto es, ó un recargo de tecnicismo, ó un conato indiscreto de proscribir todas las voces facultativas. El uso ha fijado ya muchas palabras perfectamente definidas que substituyen con ventaja á los términos técnicos que corresponden á ellas. Pero quedan muchos todavía que no tienen equivalente, y que por tanto no podrian excluirse sin el uso de innumerables rodeos, pesadas circulocuciones que ordinariamente no sirven sino para recargar la memoria, dificultar el análisis y confundir la inteligencia. Hai en las palabras técnicas una ventaja incontestable: ellas reducen á la mas simple expresion una idea complexa que se fija con la explicacion del maestro, y que acaso podria evaporarse expresada en una serie de palabras. Pero estas facilidades que proporciona el moderado empleo de las palabras técnicas, vendrian á convertirse en obstáculos tratándose de un exceso de tecnicismo; porque en este caso el aumento de las explicaciones crearia una nueva necesidad, y una necesidad embarazosa y casi insuperable. Fácil es retener un corto número de explicaciones correspondientes á un corto número de términos técnicos, pero en gran manera difícil conservar esa especie de diccionario expositivo que debia girar con entera separacion del texto. Entre las causas que han contribuido á retardar el progreso de las ciencias, no debe ocupar el último rango aquel insoportable prurito de los escritores de la edad média en reducirlo todo á las formas escolásticas y á los términos técnicos. La extrañeza de este lenguaje les parecia sin duda una garantía del título de sabios y una condicion indispensable para la dignidad de las ciencias. Pero nótese cómo, á medida que se han perfeccionado los métodos, se ha disminuido el tecnicismo, y ya no será difícil comprender cuán económico debe ser en este punto el escritor de una obra elemental.

Este es un punto de la primera importancia, pues con observar este sistema, elegir las palabras propias, huir del esti-

lo figurado, emplear frases conocidas y hacer corresponder la division de las cláusulas á la sucesion de los pensamientos, creemos que el texto de una gramática no dejará que apetezca en materia de claridad. Sin embargo, no debemos pasar en silencio que un excesivo interes por la claridad ha solido arrastrar á varios escritores de gramáticas á cierta especie de aislamiento de las otras lenguas con que está relacionado el idioma cuyas reglas y principios se proponen establecer. Como si este fuese el único objeto de esta clase de conocimientos, no quieren hacer ningun sacrificio á la mas fácil inteligencia de las várias analogías que tienen entre sí los principios comunes de las lenguas; y en consecuencia forman un plan tan exclusivo, y alteran de tal suerte la nomenclatura comun y las divisiones mas ordinarias, que al pasar los alumnos al estudio de la lengua latina y otras, se ven en la alternativa de ignorar la mayor parte de las semejanzas, ó de volver sobre sus primeros estudios para enmendar los defectos consiguientes á un método mui peculiar del escritor. Un refinamiento de análisis ideológico ha introducido cierta multiplicidad en la clasificacion de los modos y los tiempos, en el régimen y la construccion, y hasta en la ortografía y prosodia: multiplicidad que si por una parte nos hace estimar un espíritu analítico, por ser cualidad mui rara, por otra parte nos hace deplorar las trascendencias de estas nuevas complicaciones en el carácter y en la serie de los estudios subsecuentes. He aquí la razon por qué no satisfechos con un texto metódico, suficiente, económico y claro, pretendemos que debe hallarse tan relacionado con los otros estudios, que adelante hasta cierto punto sus nociones y prevenga cuanto sea posible sus dificultades.

De los caracteres del texto debemos pasar á la viva voz del maestro que le explica; circunstancia tanto mas necesaria, enanto que un hábil profesor allana por una parte las dificultades del texto, y familiariza por otra con la inteligencia de sus principios la razon de los alumnos. Inútil es recordar aquí, que sin un talento claro, un juicio recto, un espíritu de observacion mui escrupuloso, un saber competente y un manejo habitual de los mejores hablistas, mui pocas ventajas debe prometerse la sociedad en estos establecimientos públicos de enseñanza.

Estas son ideas que debemos dar por supuestas, como extremamente notorias; y por lo mismo, fieles á nuestro plan, nos limitaremos á dos sencillas observaciones á propósito del sistema que debe adoptarse para la explicacion del texto. Un hombre que consagra sus talentos á la enseñanza de cierta

porcion mas ó ménos numerosa de alumnos, debe, si no nos equivocamos, fijarse principalmente en dos cosas: primera, en graduar la inteligencia ó capacidad de sus discípulos, para proporcionar á ella su explicacion; y en segundo lugar, elegir el método mas á propósito para que esta produzca los mejores resultados. ¡Pero cómo hacer aquella graduacion, que parece imposible, atendida la desigualdad suma con que se hallan distribuidas entre muchos las cualidades del espíritu? Como no se trata sino de la inteligencia, la dificultad es en realidad mucho menor de lo que parece: en las potencias intelectuales, lo mismo que en todas las cosas, hai rasgos comunes y caracteres distintivos. Si hubiésemos de atenernos á estos para conseguir el fin de un establecimiento público, tal vez seria preciso renunciar al empeño de una clasificacion semejante, y nos veriamos en el caso de individualizar la exposicion del texto, ó de aventurar las explicaciones sin tener á la vista un punto céntrico, fijo y comun á donde dirigimos. Mas no tratándose de esto, sino de la capacidad relativa para entender una materia, entramos inconcusamente á un terreno ménos quebradizo y ménos espinoso. Si el talento, la fantasía, el genio, la penetracion, el discernimiento, el juicio, la sensibilidad, el gusto, el buen sentido, &c., &c., varían casi hasta lo infinito la fisonomía intelectual de los hombres; no sucede lo mismo con la inteligencia, que puede graduarse, como de facto se ha graduado, hasta el extremo de haberse adquirido ya muchos datos aproximativos á la exactitud, hasta el punto de haber medido, por explicarnos así, la razon de las masas. Partiendo pues de un hecho como este, fácil es concebir que no es tan dificultosa la clasificacion de los alumnos que cursan una cátedra. Mas ¡á qué debemos atenernos en esta clasificacion? En toda reunion de esta naturaleza hai inteligencias de un órden superior, hai otras de un carácter tan mezquino, que hacen concebir poquísimas ó ningunas esperanzas de sus progresos. Atenerse á las primeras es reducir en extremo el círculo de la enseñanza; atenerse á las últimas es estacionar lastimosamente los talentos precoces y hacer caminar con suma lentitud á los talentos comunes. Mas entre los dos extremos que establecimos al principio, hai una clase média, que por hallarse en contacto con la ínfima y la suprema, parece destinada á fijar sobre sí la explicacion de los maestros; pues cuando ella tenga bien comprendidas las nociones, los primeros han recorrido los puntos inmediatos de una escala bastante proporcionada á la superioridad de sus talentos, y los últimos tendrán ménos dificultades que vencer para sacar algùn provecho de sus estudios.

Hablando del carácter peculiar de la explicacion, conviene inculcar, á nuestro juicio, como una máxima fundamental en la materia, el que debe huirse con igual empeño de esa miserable esterilidad que se contenta con monótonas y fastidiosas repeticiones del texto, y de esa fecundidad vana que evapora en el humo de las declamaciones la precision y exactitud de las ideas circunscritas que deben fijarse con esmero en la inteligencia de los alumnos. Decir lo preciso, decirlo con oportunidad, en términos accesibles y con el órden conveniente; servirse al propósito de los ejemplos mas claros; hacer la prueba del efecto que esto produzca, obligando á los alumnos á reproducir en su estilo peculiar las explicaciones que hayan recibido; herir discretamente su curiosidad, para mantener fija su atencion; volver, cada vez que el caso lo exija, sobre las explicaciones ya pasadas, con el fin de introducir en la juventud el hábito de combinacion y dar un carácter sistemado á los conocimientos: tales son entre muchas, si no nos equivocamos, las cualidades intrínsecas que en el método de explicacion deben procurar aquellos que han echado sobre sí el honorífico y meritorio gravámen de ilustrar la inteligencia, dirigir las facultades, y enriquecer con los tesoros de las ciencias el entendimiento de la juventud.

## II.

### *De la aplicacion de las reglas.*

Por mui luminosos que sean los principios de una gramática y por mucho esmero que haya puesto su autor en que ella reuna los caracteres diversos que constituyen su excelencia, poco adelantaria la juventud, si consagrada exclusivamente al estudio de la parte teórica, no aspirase á conseguir aquella soltura y suficiencia que da el hábito de aplicar al exámen de las composiciones literarias las reglas que en sí contiene el arte de hablar y escribir la lengua española. El estudio de esta, léjos de considerarse como una especulacion estéril, es de la mayor importancia, y debe inspirar el mas grande interes, puesto que se trata nada ménos que de adquirir por su medio ese conocimiento práctico que nos conduce á hablar con inteligencia, con propiedad y con exactitud. ¡De qué nos servirán las mejores reglas si no nos empeñamos en conseguir su objeto, en descubrir sus resultados, en sentir por experiencia propia su importancia; si continuamos con la misma ceguedad en nuestras lecturas, incapaces, no ya de calificar aquella perfeccion relativa de un escrito

elegante y correcto, sino lo que es peor, aun de hacer alto en defectos positivos y locuciones viciosas? Es muy triste limitarse al entretenimiento de repetir principios, desconociendo profundamente la literatura nacional. Una gramática no es lo que basta para usar bien del idioma: es un instrumento indispensable de nuestra razon para distinguir lo perfecto de lo imperfecto, un recurso necesario, pero cuyo provecho no empieza á percibirse sino desde el instante en que comienzan sus aplicaciones en la lectura de los clásicos. Estos son en realidad los que nos abren el tesoro de la lengua, y á este reservatorio inmenso es á donde ocurre todo literato por la copia de expresiones, la variedad de frases, los diferentes giros. Aquí es donde hacemos la experiencia de lo que puede una razon cultivada, y empezamos á columbrar los puntos diferentes hasta donde han conseguido encumbrarse las bellas dotes del espíritu. De aquí la necesidad suma de introducir en las cátedras que se dirigen á la enseñanza de un idioma, los modelos de buena educacion, y por esto vemos que desde la antigüedad mas remota se ha procurado asociar constantemente las reglas y los ejemplos. Pero ¿qué carácter debe reunir la coleccion de clásicos que se ponga en manos de la juventud, y qué circunstancias ha de tener el estudio práctico que se haga en sus lecturas? Hablemos de uno y otro con la debida separacion.

Para que una coleccion de clásicos produzca sin inconveniente alguno las ventajas que en ellas se solicitan, debe á nuestro juicio prestarse á todas las aplicaciones, mantener siempre vivo el interes de los alumnos y robustecer en su corazon los sentimientos de la virtud, es decir, que debe ser al mismo tiempo completa, interesante y honesta.

Las mismas razones que tuvimos presentes para exigir en el texto la primera de estas condiciones, subsisten sin duda respecto de la coleccion de clásicos; pues como acabamos de decir, toda regla sin uso es una especulacion estéril. Es pues indispensable que haya copia necesaria de ejemplos para cada clase de aplicaciones, pues solo de este modo se llenarán las exigencias prácticas de un texto que abrace íntegramente el sistema de los principios y de las reglas.

El interes de estas colecciones nace de su variedad, de su accesibilidad y de sus relaciones con nuestros sentimientos y propensiones literarias. La monotonía fastidia aun cuando se trata de lo perfecto; las producciones que están colocadas sobre la esfera de nuestra inteligencia, léjos de desplegar á nuestra vista esa pompa y atractivos que cautivan la imaginacion y el discurso, son para nosotros como si no

existiesen: por último, aun cuando el objeto que se nos proponga, sea muy accesible y extraordinariamente variado, no conseguiremos fijarnos, si por otra parte carece de aquellas relaciones intelectuales y morales que ponen en juego toda la actividad de nuestro espíritu. Es por tanto necesario buscar en la historia, en la moral, en la elocuencia y en la poesia estas gracias siempre antiguas y siempre nuevas, estos embalesos de la razon, estas dulzuras de las letras, que se buscan con avidez y se apuran sin fastidio. La historia es el panorama de los mas grandes acontecimientos, es un teatro en que venimos á ser contemporáneos de todos los grandes hombres, siendo testigos oculares, como por una especie de encanto, de cuanto pensaron y cuanto hicieron los genios de la guerra, de las ciencias y de las artes, desde la antigüedad mas escondida, hasta la época de hoy en la vasta carrera del tiempo. La moral sorprende á cada paso nuestros pensamientos y nuestras inclinaciones, y manejada por el talento y la imaginacion, reprende con dulzura nuestros vicios, y planta y fecunda en la voluntad el precioso germen de las grandes virtudes. En cuanto á la elocuencia, nos basta recordar que jamas se ha perdido en los horizontes su voz augusta, y que nunca las inmensas masas han dejado de volver hácia el orador, con su rápido movimiento, con su entusiasmo sublime, sus suspiros y sus lágrimas, los nobles ecos de esos sonidos penetrantes que llegan al corazon. ¿Qué dirémos de la poesia? ¡Ah! seria necesario tomar aquí su idioma, para trazar el cuadro magnífico de sus primores y de sus encantos. La lira del poeta tiene cuerdas para mover todos nuestros afectos, y su pincel, colorido bastante para extasiar de continuo la imaginacion. Todo está sometido al imperio de la poesia, desde el rústico habitador de la campiña, hasta el invencible caudillo que se precipita con júbilo en el conflicto de los combates para conquistar allí la corona del héroe.

Mas este interes que con tal empeño debe buscarse en lecturas de esta naturaleza, tiene sin duda un objeto, el de allanar por este medio con el gobierno de la conducta el camino de la felicidad. Si la historia no nos hace mas prudentes, ni la moral mas advertidos, ni la elocuencia mas inclinados al bien, ni la poesia mas amigos de la virtud, ¿qué importan pues los trabajos de los sabios? ¿á qué se reducen los progresos de la literatura? ¿qué consideraciones merecen los esfuerzos de la elocuencia? ¿en qué vienen á parar los bellos triunfos de la poesia? Si á despecho del buen sentido, el hombre ha de convertir de continuo á la peor parte las

cualidades del espíritu y las prendas del corazón; si el refinamiento de la intriga debe ser el provecho de la historia; si la moral ha de partir de los intereses mezquinos, brotando de la tierra en vez de bajar del cielo; si ha de abandonar la elocuencia los nobles designios de la verdad, para convertirse en el arte funesto de seducir y corromper á las naciones; si el poeta no ha de ser dueño de la copa de oro, sino para suministrar el veneno, anticipar el incendio de las pasiones y hacer morir, desde los primeros albores de la existencia, las inclinaciones felices de una alma bien nacida, lejos de empeñarnos en atesorar para la juventud los pensamientos del historiador, del moralista, del orador y del poeta, deberíamos convertirnos en panegiristas de la rusticidad, y hacer el elogio de la ignorancia en estos establecimientos erigidos principalmente con el fin de plantar en el corazón de la niñez los sentimientos de la moral y la semilla de la virtud. Pero no: para gloria de la razón humana, la verdadera sabiduría no ha sido inútil entre los hombres, y por lo mismo no puede hablarse de una virtud sola que no cuente á su favor con las producciones mas insignes del espíritu, y que no halle de su parte el poder del convencimiento y tambien los encantos de un bello estilo. He aquí la razón por qué consideramos del todo necesario el que una colección de clásicos inspire igualmente sentimientos honestos y virtuosos en el corazón de la juventud.

Ninguna precaucion será excesiva tratándose de una materia tan importante. Las inclinaciones de la primera edad deciden ordinariamente de la conducta de la madurez y de la senectud. Olvida el hombre en el conflicto de los negocios y en la variedad de sus lecturas una infinidad de especies mas ó ménos importantes; cambia con pasmosa continuidad de aficiones y de intereses secundarios en el curso de la vida; pero casi nunca se desprenden de su memoria las instrucciones de su juventud, ni llegan á desarraigarse los primeros hábitos de su voluntad. Es pues indispensable rodear por todas partes de saludables defensas á esta primera época del hombre: vendrá el tiempo de las pasiones, y lucharán estas por arrebatar en su torbellino al infeliz objeto de sus asaltos; pero hallarán prevenida contra ellas la fuerza de la educacion primitiva: producirán tal vez algunos estragos; mas al primer instante de calma se reanimará el ascendiente irresistible de las antiguas máximas, y la virtud humillada por un momento no tardará en recibir los tributos del arrepentimiento y el copioso fruto de serios y útiles desengaños. Sentados pues estos principios, entremos á exami-

nar el método con que debe usarse en las aulas la colección de clásicos que se forme para hacer la conveniente aplicación de las reglas.

El ejercicio práctico de los alumnos abraza el análisis, la recitación y los ensayos de escritura indispensables para contraer buenos hábitos en materia de ortografía. El análisis tiene por objeto examinar cada composicion literaria segun los principios del arte; de donde resulta que habrá tantas especies de análisis, cuantos sean los puntos de vista bajo que presenten en cada composicion literaria las diferentes partes de la gramática. Esta se halla fundada, como ya hemos dicho, en el enlace natural y sucesion de las ideas, y por lo mismo debe comenzarse por el análisis ideológico, reducido exclusivamente á las relaciones que tienen las ideas con su expresion *gramatical*. Nos es indispensable valernos de este adjetivo, para tirar dos líneas divisorias que separen la gramática, por una parte de la dialéctica, y por otra parte, de la retórica y poética. Sin duda alguna que no es posible en ninguno de estos otros estudios prescindir de las estrechas analogías que median entre el lenguaje y el pensamiento. Se sabe muy bien que la ideología en toda su extension hace caminar juntos el discurso y el idioma; que la retórica no prescinde un solo instante de este, y lo mismo la poética; pero aquel particularísimo carácter que recibe el estudio de la lengua en cada uno de estos ramos, fija sus cualidades distintivas y manifiesta competentemente las ampliaciones y limitaciones que debe tener el análisis correspondiente á cada una de las ciencias ó de las artes. He aquí la razón por qué, tratando del ejercicio analítico que viene á nuestro propósito, hemos dicho que debe reducirse á las relaciones de las ideas con su *expresion gramatical*. Considerándole pues bajo este aspecto exclusivo, es preciso proporcionar oportunamente á los alumnos aquellas fáciles nociones que son del todo necesarias para examinar las cláusulas ó periodos bajo su aspecto ideológico. Una cláusula se considera siempre como un pensamiento, un pensamiento envuelve ordinariamente uno ó mas juicios, estos unen ó separan las ideas, las ideas pueden corresponder á un objeto individual, ó á una simple abstraccion, ó á una cualidad inherente á su objeto ó aislada de él cual si existiera de por sí. Es pues indispensable que un alumno sepa lo que es un pensamiento, un juicio, una idea general ó individual, una cualidad inherente ó una cualidad en abstracto, &c. &c.: porque solo de este modo podrá saber lo que es una cláusula, una proposicion, un término de ella, y formarse una idea

clara del nombre sustantivo y adjetivo, del propio, del comun, del abstracto, del verbo y sus especies, del adverbio y su oficio, de la preposicion y su objeto, de la conjuncion y su empleo. De otra manera estará reducido al ejercicio mecánico de su memoria, no dará un solo paso por sí mismo: será necesario darle tantas reglas cuantas variaciones accidentales puedan ocurrir en la aplicacion de los principios, y hacerle pasar por fatigas y dilaciones increíbles en un estudio que tan suave podía ser mediante el conocimiento de los principios y la fácil teoría de sus inmediatas aplicaciones. Pretender que un niño, cuando estudia su propio idioma, se pierda en la metafísica de las lenguas, por el conato indiscreto de comprometerle en estudios superiores á su edad, es un imperdonable delirio; pero tambien rehusarle aquellas nociones que puede comprender mediante algun trabajo, y que por otra parte derramarían tanta luz sobre su inteligencia, y le fijarian mas en las reglas y acortarian este primer periodo de sus estudios, y proceder así, tan solo porque no ha llegado aun el tiempo de estudiar lógica, es una timidez poco ilustrada. No hagamos pesar sobre la razon un yugo insostenible, pero tampoco presentemos obstáculo ninguno á sus primeros desarrollos. La idea de fundar en el análisis ideológico el ejercicio práctico de las reglas es para nosotros de la primera importancia, ya se considere con relacion al estudio mismo de la lengua castellana, ya como un preparativo excelente para el aprendizaje del idioma latino, de la metafísica y de las otras ciencias. Si alguno pretendiese que nuestros deseos no son mas que unas bellas teorías, tendríamos gusto en satisfacerle con las provechosas experiencias que se han hecho en el Seminario de Morelia en todas las cátedras de gramática desde el año de 1837, en que se comenzó á ensayar este nuevo sistema de enseñanza. Los resultados han sido tan felices como notorios. La juventud estudia con mas aplicacion y con ménos afán: incapaz de ceñirse al puro mecanismo, busca con el mas vivo interes el pensamiento del escritor que analiza ó traduce, ejercita el raciocinio ántes de saber su definicion, y saborea, sin apercibirse de ello, las primicias del buen gusto, cuando se halla todavía mui léjos de aquella época en que debe consagrarse exclusivamente al cultivo de la bella literatura.

Siguiendo el orden de procedimientos que el método analítico nos prescribe, debe pasarse desde lo mas compuesto hasta lo mas simple; y por lo mismo al análisis ideológico sigue el análisis sintáctico, comenzando por la construccion, siguiendo por la concordancia del verbo, continuando por el

régimen y concluyendo con la concordancia del nombre y del relativo. Examinada ya la cláusula según las leyes á que el uso ha sujetado la combinacion artificiosa de sus elementos constitutivos, puede ya descenderse al particular análisis de cada palabra según sus accidentes y propiedades, esto es, al análisis etimológico. En la etimología concluye el análisis de las palabras, y empieza el de los sonidos; porque los accidentes y propiedades de las partes de la oracion son siempre relativos al aspecto ideológico que tienen de por sí todos los elementos de un idioma. Pero el mecanismo de la palabra exige tambien un particular estudio, siendo por lo mismo necesario examinar de por sí y en sus combinaciones diversas los sonidos elementales de la pronunciaci6n. De aquí resulta que el último término del análisis es el ortológico y prosódico, donde concluyen naturalmente las aplicaciones de los principios que se refieren á la palabra hablada. Pero se ha creído, y no sin motivo, que las reglas de la palabra escrita forman un complemento indispensable de la gramática: porque sin tocar á la caligrafía, que se reduce á la delineacion de las letras, hai todavía mucho que advertir para que sepa un alumno, no cómo ha de pintar una letra, sino qué letra ó qué signo debe pintar para escribir correctamente la palabra que se le pide. El análisis que se refiere á tal objeto, y es el ortográfico, debe concurrir por lo mismo con los otros, para completar con los procedimientos analíticos el sistema general de las aplicaciones.<sup>1</sup>

Es tan obvia la importancia de ejercitar á los alumnos así en la recitacion como en la escritura, que para comprenderla nos basta reflexionar sobre el atraso en que se hallan estas dos cosas, no ya en la gente vulgar, sino aun en personas que se precian de cultas, y hasta entre muchos de aquellos que han hecho con un éxito razonable la carrera de las aulas. Apenas hai cosa mas rara que el talento de la recitacion; y si no lo es tanto la propiedad en la escritura, tampoco tiene la generalidad que fuera de apetecerse. Cuanto ganan los conceptos con una articulacion clara, una entonacion bien graduada, un énfasis natural y oportuno y una inteligencia hecha visible en la pronunciaci6n, tanto así pierden cuando se desconocen ó desprecian estas bellas cualidades. En cuanto á la escritura, nos basta llamar la atencion de nues-

<sup>1</sup> Aunque la poética no puede considerarse como parte de la gramática, es mui conveniente ampliar el estudio de la prosodia con sucintas aplicaciones á la teórica y práctica de la versificaci6n, como últimamente lo han hecho algunos autores.



tros lectores hácia esa monstruosidad con que desfigura los conceptos el que no escribe las palabras como deben escribirse, y el que no sabe, ó desdena todas las reglas de la ortografía. ¡Y cuál será el origen de estos vicios! ¿cómo explicar la impericia de tantos hombres, que por otra parte se recomiendan por su saber! Para nosotros esto no tiene mas explicacion, que el descuido con que siempre se ha visto el ejercicio práctico de la gramática, así en la recitacion como en la escritura. Los antiguos, mas inteligentes y prácticos en este punto que los modernos, bastante manifestaron con sus doctrinas y con sus ejemplos el grande interes que el aprendizaje de la buena recitacion y de la escritura les inspiraba. Quintiliano dedicó un capítulo de sus instituciones á tan importante materia. Ciceron recomienda la excelencia de estos conocimientos en varios lugares de sus obras; y es muy sabido lo que Demóstenes respondió cuando le preguntaron cuáles eran los tres primeros y principalísimos preceptos de la elocuencia: manifestando el eminente concepto que el arte de la declamacion le habia merecido, con solo decir que el primer precepto de la elocuencia era la pronunciacion, el segundo la pronunciacion y el tercero la pronunciacion. Hai, es verdad, un tiempo especialmente consagrado á este particular estudio; mas algunas de sus partes constitutivas son objeto de varios principios que se reciben desde los primeros periodos de la carrera literaria; circunstancia que debe llamar fuertemente la atencion de los maestros, principalmente si reflexionan sobre la dificultad suma de adquirir buenos hábitos en esta materia cuando se han dejado correr los primeros años de la vida en el descuido mas profundo y culpable de la educacion que pudieran recibir los diferentes órganos de la voz humana.

¡Y ojalá se echaran ménos en la lectura únicamente estas particulares dotes que admiramos en una declamacion bien sostenida! Mas por desgracia tenemos que lamentar una pronunciacion viciosa, un desconcierto positivo en los periodos prosódicos, cierta precipitacion que, al paso que manifiesta los efectos de un hábito mecánico, arguye una falta absoluta de inteligencia, ó bien esa pesada lentitud, esos tropezos continuos de la lengua, esa frecuente confusion ó dislocacion de los pormenores de cada cláusula: lo que tenemos que lamentar es la torpeza suma para atinar con la cantidad de las sílabas y fijar el acento predominante de aquellas dicciones que no son muy vulgares: lo que tenemos que lamentar, por último, es aquella entonacion amanerada que parece presentar al lector como indiferente ó extraño á los senti-

mientos mas contradictorios que va inspirando una lectura variada. ¡Y qué se necesita para enmendar estos vicios! ¿Acaso singulares prerogativas de la naturaleza! No: pues basta ocurrir oportunamente á la juventud con las advertencias necesarias, haciéndola practicar con la debida frecuencia y exactitud las reglas gramaticales tanto en la lectura de los clásicos, como en sus ensayos de escritura sobre los temas que deben tener cuidado de proponerle sus maestros.

## III.

*Del método que debe seguirse al asociar el estudio de la lengua patria con el del idioma latino.*

No es este lugar á propósito para desenvolver los argumentos que nos hacen colocar el idioma latino en el rango de los primeros y mas importantes conocimientos: porque no se trata de resolver el problema propuesto por algunos literatos respetables sobre si convendría proscribir ó no del plan general de la educacion literaria el aprendizaje de las lenguas muertas, sino de investigar el método que debe seguirse en el estudio comparado de los idiomas castellano y latino, con el fin de comprender mejor el carácter de cada uno, considerando con la debida separacion sus puntos de contacto y sus cualidades distintivas. Si con el tiempo llegan á prevalecer sobre los antiguos sistemas las pretensiones de hoy; si ha de llegar una época en que los literatos no hayan de contar entre sus estudios el idioma de Ciceron, de Virgilio y de Tácito, el hecho es que tal época no ha llegado todavía, y en casi todos los establecimientos literarios se pasa hoy del estudio de la lengua patria al del idioma latino. Partiendo pues de aquí, veamos cómo, no perdiendo de vista en este segundo periodo de la carrera ni las analogías ni las diferencias de ambos idiomas, la juventud comprenderá mejor el respectivo carácter de cada uno, adquirirá mayor suficiencia en el manejo de ambos, dará bastante desarrollo á sus facultades internas y verá convertidas en bellas flores las áridas espinas que habia tenido este género de enseñanza, en consecuencia de otros sistemas ménos filosóficos.

Las lenguas tienen principios comunes, objetos idénticos, unas mismas causas generadoras é impulsivas; pero los pensamientos, á cuya expresion están destinadas, tienen una variedad prodigiosa, que se deriva del clima, de las instituciones, de las tendencias nacionales, del grado de la civilizacion, de la extension, número é intimidad de sus relaciones con

los otros pueblos, de los descubrimientos científicos y los progresos literarios, de las revoluciones políticas, de los usos y costumbres, y hasta de los hábitos populares y caracteres domésticos. ¡Quién podría enumerar y exponer analíticamente esa multitud maravillosa de causas y de influencias diversas que progresivamente han ido modificando los idiomas, hasta dejar á cada uno con su carácter propio y dar el último toque á su particular fisonomía! Pero al través de tantas diferencias han pasado inmunes los principios generadores, y con tan absoluta distincion, que pueden y deben recogerse en un punto, como de facto se han recogido, todas las semejanzas y todas las reglas generales á que están sujetos universalmente los idiomas. Mas ¿podrá procederse al estudio de dos ó mas con fundada esperanza de conocerlos y manejarlos bien, si la inteligencia prescinde de sus derechos, y la memoria reúne y aglomera sin discernimiento alguno los preceptos diversos ó semejantes que guian á su conocimiento respectivo! Imposible; y es muy digno de notarse que muchos de aquellos sabios políglotos que cifran su orgullo literario en la posesion de varias lenguas, ordinariamente desconocen los caracteres distintivos de cada una, y los mezclan y confunden habitualmente y sin apercibirse de ello, y no pueden escribir una sola cláusula en su propio idioma, sin desfigurar monstruosamente la índole de este, sin desvirtuar su energía, sin alterar sus frases, torcer sus giros y dar un pésimo ejemplo á la juventud estudiosa con el concurso de su autoridad y de sus vicios de elocucion. Nada mas fácil que corromper el habla nativa con el manejo de un idioma extraño conocido solo por el uso, sin contar para nada con el auxilio del método y la luz de los principios. Se hablan y escriben idiomas que se ignoran, y lo que es peor, idiomas que se ignoran sin esperanza de aprenderse; porque no hai obstáculo tan grande, para rectificar las nociones imperfectas ó viciadas, como la necia presuncion de que ya se sabe todo y nada queda por aprender.

No creemos necesario echar mano de nuevas pruebas en apoyo de una verdad confirmada por los hechos; pero valga por todas las que pudieran darse, la deplorable y funesta invasion de pésimas traducciones que inundan el campo de la literatura. ¡Qué son las excelentes versiones que han merecido el sufragio de los inteligentes, comparadas con esa multitud inmensa que circula con tanta boga entre los lectores comunes y los literatos improvisados! Una gota en el mar. ¡Cómo explicar esto! Bien sabemos que el espíritu de especulacion ha venido á hacer sus estragos en la litera-

tura, y que pocos libreros no sacrifican al interes de acelerar el cumplimiento de sus cálculos mercantiles todos los derechos de la crítica y del buen gusto: tambien es cierto que los traductores famélicos se cuidan poco del estudio, á trueque de acabar mas pronto su tarea y de aumentar acaso su jornal: pero esto mismo prueba la evidencia de nuestro juicio; porque sustituyendo á la intencion de las personas el exámen de las cosas, y buscando en las traducciones mismas el origen inmediato y directo de tan estupenda monstruosidad, inferimos con toda rectitud que, si no todos, los mas defectos nacen de la falta de discernimiento entre las semejanzas y diferencias de ambos idiomas. Si al enseñar pues el latin cuida el profesor de ir haciendo advertir á sus discípulos tanto las unas como las otras, el resultado infalible de tal estudio deberá ser un conocimiento claro y distinto de lo que cada lengua tiene de comun y de particular. Conocer una lengua de este modo es conocerla perfectamente, y por esto hemos afirmado en primer lugar, que el estudio comparado del español y el latin hará conocer mejor á la juventud el verdadero carácter de cada idioma.

Si de aquí pasamos á reflexionar sobre las consecuencias de un hábito bien adquirido, ¿qué no deberemos prometernos del talento y aplicacion, cuando á lo dicho se añade el ejercicio continuo de estas reglas comparativas así en el análisis y en la traduccion del texto, como en los ensayos de la composicion latina! El conocimiento de las semejanzas prestará un auxilio mútuo para el buen uso de cada idioma, el de las diferencias levantará una barrera y pondrá desde los principios una traba oportuna y saludable, para no introducir en el uso de una lengua lo que es peculiar de la otra; y de esta manera se usará siempre de ambas con la debida pureza, correccion y exactitud. El ejercicio de la traduccion debe traer por consecuencia precisa aquella riqueza de expresiones y de frases, aquella invencion oportuna de palabras adecuadas á las ideas que se van presentando, aquel importante conocimiento de los inagotables recursos de la lengua, circunstancias en que realmente consiste esa facilidad tan envidiable en el uso de la palabra. No puede negarse que con el solo manejo de los escritores españoles se adelanta mucho la juventud en el fácil uso del idioma; pero tambien es de advertirse que en esta clase de lecturas no se experimenta esa necesidad continua de invencion y de análisis, la cual nos proporciona la doble ventaja de adquirir el tesoro y saber apreciarle. Como ya todo lo encontramos en nuestro idioma, hacemos con rapidez

nuestras lecturas; porque son rarísimos aquellos lectores circunspectos que, no fiándose de esa primera sorpresa que fascina de pronto con la persuasión de haberse ya entendido el pasaje, se detienen á examinarle, fijan con exactitud el sentido propio de cada palabra, y adquieren por este medio una inteligencia perfecta de sus lecturas. No sucede lo mismo cuando se buscan las palabras de nuestro idioma, para satisfacer á las necesidades en que nos pone de continuo el trabajo de una version. Siendo casi seguro que nuestro caudal de voces no nos basta, recurrimos frecuentemente á los diccionarios; y no bastando tampoco estos, porque ninguno de ellos ha fijado hasta ahora los sinónimos de una lengua tan libre como la latina, procedemos á un menudo y escrupuloso exámen, y analizamos con detenimiento y exactitud así la frase latina como la palabra española. ¿Qué debe resultar de aquí? Lo que apuntamos en segundo lugar, una gran suficiencia en el manejo de ambas lenguas.

Pero no es esto todo: para valuar la importancia y calcular la extension de los resultados que debe traer este método, es preciso detenerse un tanto á descubrir las facultades intelectuales que han entrado en ejercicio durante el tiempo que se invierte en el trabajo de la version. No es esta el mecanismo estéril de una memoria que cambia de continuo sin cálculo, digámoslo así, palabras por palabras y frases por frases sin contar para cosa alguna con los datos de la inteligencia, sino la correspondencia intelectual de uno y otro idioma, los dos espejos clarísimos en que vienen á reflejarse, por explicarnos así, los pensamientos del autor y su traductor. No se han traducido las palabras sin haber ántes observado sus relaciones con las ideas; no se han coordinado las proposiciones, sino para expresar juicios que ya se tienen conocidos; no se traduce una cláusula sola sin haber hecho concurrir á este trabajo varios conocimientos, sin haber fijado algunos sinónimos, sin haber dado precision á la palabra castellana, y para no extendernos mas, sin haber percibido, atendido, reflexionado, comparado y discurrido con detenimiento. Notorio es este hecho para cuantos tienen alguna experiencia en la materia, y en ello nos hemos fundado para decir en tercer lugar, que el método sobredicho debe proporcionar á la juventud un desarrollo muy considerable de sus facultades internas.

Mas no perdamos de vista una circunstancia que en el caso importa demasiado. La juventud es naturalmente inconstante y ligera: no es esta la edad en que se emprende por cálculo y se trabaja por convicciones. Un jóven, y prin-

cialmente un niño, raras veces sacrifica sus ocios inocentes y sus divertimientos pueriles á las máximas sentenciosas de sus maestros, y á la idea abstracta de que el hombre debe empeñarse desde el principio de su vida en preparar con el trabajo la perfeccion de su edad madura. Este conocimiento y el justo zelo por la educacion ha introducido por desgracia en los colegios un desconcertado y pésimo sistema de castigos, cual si hubiera de buscarse privativamente en las lágrimas y en el dolor medios y recursos que no seria difícil hallar algunas veces en los recreos de la imaginacion y en los placeres del buen gusto. No pretenderemos jamas alistarnos bajo la enseña de esa filantropía especulativa que declamando con énfasis contra el sistema correctivo de las escuelas, ha venido á echar la gangrena sobre la sociedad, desmoralizando lastimosamente el espíritu de la educacion; pero ¿no podrian reducirse notablemente los castigos, y no deberá procurarse por todos los medios posibles el evitarlos! Ellos son un medio, pero un medio que lastima el corazon. Si pues hai otros medios igualmente ó mas eficaces, ¿no será por mil títulos preferible el emplearlos, cuando conducen al mismo fin y ahorran gran parte de las molestias, disgustos y pesadumbres que trae consigo necesariamente el empleo de los castigos? Sin duda alguna, y por esta causa hacemos un mérito particular del método práctico de que tratamos; pues al paso que perfecciona el estudio, difunde por todas sus partes aquellos atractivos que sostienen con agrado la aplicacion de la juventud.

Los adelantos de esta deben graduarse no solo por el caudal de su memoria, sino por la inteligencia que muestre en los pasajes que traduzca. Luego traducirlos y entenderlos es una misma cosa. Siendo esto así, tambien debemos convenir en que los placeres del gusto se proporcionarán á los grados de la inteligencia; porque supuesta la facultad de sentir, basta darla un objeto noble y atractivo, para su mas feliz y agradable desenvolvimiento. Las narraciones de la historia, la trama de los sucesos, el nudo y desenlace de las revoluciones, los caracteres de los personajes, los bellos cuadros de la elocuencia, la difusion y variedad suma de sentimientos que encierra lo patético, los vehementes arrebatos del orador, los bellos triunfos de la palabra, las escenas rústicas ó heroicas, tranquilas ó apasionadas, blandas ó terribles que á cada paso nos presentan las obras de los poetas, el fresco y agradable colorido de sus cuadros, el primor inefable de sus descripciones, el encanto del estilo, sus ficciones ingeniosas, su inexplicable magia, ese maravilloso que nun-